

Obedecer, negociar y resistir. Tributo y mita indígena en Potosí, siglos XVI y XVII

Zagalsky, Paula (2023).

Perú: Banco Central de Reserva del Perú. Instituto de Estudios Peruanos, 314 páginas.



Raquel Gil Montero

Instituto de Ciencias Humanas, Sociales y Ambientales, CCT CONICET Mendoza, Argentina.

Obedecer, negociar y resistir es la historia de las enormes transformaciones y persistencias ocurridas en la sociedad indígena del espacio charqueño —el territorio afectado *lato sensu* por la mita potosina— en el primer siglo colonial. Para poder reconstruir esta historia, la autora recurrió a algunos miradores centrales de la vida regional: los tributos, la mita, las reducciones y la tierra. Se basa en una importante colección documental, específica en lo cronológico y en lo geográfico, que fue analizada desde perspectivas metodológicas novedosas y muy cuidadas. También analiza, incorpora y discute una amplia historiografía dentro de la cual hay algunos autores que han marcado caminos pioneros y también han definido —a veces de forma involuntaria— una suerte de ortodoxia analítica. El libro de Paula Zagalsky circula por aquellos caminos, a veces guiada por los planteos “clásicos”, otras veces dialogando con ellos (con las *Huacac*) y, otras, haciéndoles algún guiño.

Dentro de este primer siglo colonial, el trabajo se concentra especialmente en el gobierno del Virrey Francisco de Toledo y en las cuatro décadas posteriores. Para ello ofrece, además, una descripción de la situación previa a la llegada del virrey, con referencia a los cambios ocurridos por la conquista. El análisis de este período histórico recorre tres escalas que se alternan en los capítulos: algunos temas son revisitados dentro del espacio virreinal, en particular dentro del espacio charqueño; otros son vistos desde los dominios de la federación Qaraqara; finalmente, otros son analizados desde la perspectiva de la mita urinsaya o Chaqui, repartimiento de los visis que habitaban el sur de Potosí, un territorio mucho menos explorado que el del norte. En esta reconstrucción histórica, los kurakas tienen un lugar especial ya que fueron los actores principales —y muy controvertidos— de las prácticas desplegadas por las sociedades indígenas.

El libro tiene muchos aportes, algunos centrados en el caso y de interés para los especialistas y otros más generales que podrían proyectarse a un público más amplio. Es sobre estos últimos que voy a ajustar la reseña. En particular me interesa destacar una contribución que entiendo es relevante: el cuidado con el que la autora especifica, describe y analiza lo que era cada uno de los puntos de entrada de su reconstrucción histórica. Entre otros ejemplos, se puede destacar su análisis pluridisciplinar de cómo se organizaban las unidades sociopolíticas con las que trabaja y cómo fue cambiando dicha organización a lo largo del tiempo; la definición de lo que era una visita y en qué se diferenciaba de la tasa o de las revisitas; o su estudio sobre el tributo y la distinción que había con la mita. Aunque este tipo de análisis podría parecer algo propio de estudios como los desarrollados en el texto, no siempre están presentes, o no siempre se trabaja con tanto cuidado en la crítica a la fuente como en este libro. A continuación, me detendré en algunas muestras.

En el análisis que realiza sobre la organización de las sociedades del territorio que eligió para su estudio, la autora recupera conceptos utilizados tanto por la historia como por la antropología para clasificarlas (grupos étnicos, jefaturas, pueblo, nación, sociedades complejas sin Estado), que muchas veces fueron usados por las y los investigadores sin recuperar la historicidad de estas conceptualizaciones. Así recorre las diferentes formas en que estas sociedades fueron estudiadas para luego proponer algunas definiciones quizás menos categóricas y más descriptivas, pero que distinguen los procesos analíticos contemporáneos y lo que dicen las fuentes. Este ejercicio está muy presente en la actualidad en trabajos que proponen, justamente, un retorno a las expresiones históricas para volver a analizarlas y,

de esta manera, recuperar la complejidad de lo que fueron las “traducciones” españolas de las realidades que observaban. Asimismo, intentan dar cuenta de las conceptualizaciones recientes que fueron o siguen siendo útiles, pero que también pueden enmascarar procesos o diferencias que hoy se quieren estudiar.

Otro ejemplo en el que quisiera centrarme es el del análisis que la autora realiza de las llamadas visitas de indios y revisitas, que son las que utilizó en su reconstrucción histórica. Estas fuentes resultan muy relevantes en el libro porque condensan la relación que había entre tributo, mita y reducción en el período estudiado. Visitas y revisitas se parecían en muchos aspectos, razón por la cual fueron estudiadas a menudo como el mismo tipo de fuentes: ambas buscaban conocer los recursos humanos y económicos que había entre sus visitados y tenían un marcado carácter fiscal. Las formas y procedimientos de ambas eran semejantes y fueron el origen de la tasación de los tributos y de los números de la mita. Casi ninguna se ha conservado en su totalidad, sino que han quedado padrones aislados o trasladados; o han permanecido las tasas, que eran una fuente derivada de ellas. La autora señala, sin embargo, que había una diferencia muy relevante entre visitas y revisitas que afectaba su contenido. Las visitas se originaron generalmente en iniciativas del gobierno colonial que intentaba “ordenar” fiscalmente la población. Las revisitas, en cambio, fueron solicitadas por las autoridades étnicas, quienes pedían que se hicieran inspecciones argumentando que la caída demográfica estaba dificultando el pago del tributo o el cumplimiento de la mita. Las revisitas, entonces, aunque estaban también filtradas por el deseo ordenador de los funcionarios de la Corona, daban mejor cuenta de las contradicciones, los desajustes y las resistencias producidas por la tentativa de imponer excesivas exacciones y obligaciones coloniales.

Los estudios detallados de las visitas y revisitas, además de los de las tasaciones y de otros documentos relacionados, le permitieron a la autora distinguir dos obligaciones coloniales que han sido consideradas con mucha frecuencia juntas, aunque muestran una significativa divergencia en el tiempo: los tributos y la mita. Ambas obligaciones fueron afectadas profundamente por la caída demográfica de la población indígena en los Andes, ocasionada por las muertes y por las huidas.

Sin embargo, aunque el tributo haya sido tasado en forma decreciente y su composición haya ido variando en el tiempo, no pasó lo mismo con la obligación de la mita que se transformó en una carga que tuvo mucho menos margen de negociación. Hubo, sin embargo, un importante cambio en esta obligación que fue la posibilidad de conmutación por dinero, la llamada “mita de plata”, transformación ocurrida en forma muy variable en Charcas.

Otro de los temas centrales que toca el libro y que ha sido relevante para una amplia historiografía es el de las transformaciones que sufrió el acceso a la tierra. El libro da cuenta, a partir del estudio de caso, tanto de las implicancias que tuvieron las reducciones toledanas en la reconfiguración del territorio, como también las que tuvieron las encomiendas. A partir de estos procesos, entonces, se puede observar cómo se “liberaron” tierras que fueron luego ocupadas por españoles y legalizadas a partir de las composiciones o a través de otros artilugios, a la vez que se transformaron las que fueron unidades sociopolíticas prehispánicas dividiendo territorios antes dominados por un solo colectivo. Pero las encomiendas no solamente generaron fragmentación y segmentación de federaciones, jefaturas o mitades, sino que también dieron lugar a la reconfiguración y creación de nuevas identidades étnicas que se cristalizaron en los pueblos de reducción. Estos han sido temas muy trabajados por la historiografía pero que, sin embargo, siguen teniendo aspectos poco conocidos a los que el libro aporta. Para poder navegar por estos temas complejos, el libro suma una cartografía que orienta al lector y que es de muy buena confección.

Obedecer, negociar y resistir se origina en la tesis doctoral de Paula Zagalsky, defendida en 2011, modificada y corregida para ser publicada como libro en 2018, cuando comenzó el proceso editorial. Esto se refleja en las referencias bibliográficas que culminan, justamente, en ese año, lo que explica algunas omisiones. El libro se inscribe en una corriente que, podríamos decir, está revisitando temas clásicos con nuevas miradas, aprovechando la riqueza de los textos previos, de las ideas desplegadas en torno a los Andes, de recientes metodologías y de las tecnologías que las hacen posibles. Además de la incorporación de nuevas miradas, fue probablemente el abordaje de una región mucho

menos conocida (la del sur potosino) realizada a partir de un importante conjunto de fuentes cronológicamente centradas el que le permitió su contrapunto con la “ortodoxia”. Es de celebrar la incorporación de nuevas perspectivas que se observa en el libro –y en

la corriente en la que navega– que está repensando muchos de los grandes problemas planteados hace más de cuarenta años por aquella rica y densa historiografía que hoy podríamos llamar clásica.

Hispanofilia: los tiempos de la hegemonía española

Ruiz Ibáñez, José Javier (2022).

Madrid: Fondo de Cultura Económica de España. Volúmenes I y II de 913 y 397 páginas.



Mario Graña Taborelli

University College London, Londres, Reino Unido.

Los dos volúmenes de *Hispanofilia: los tiempos de la hegemonía española* son producto de, como el mismo autor lo señala, quince años de permanente investigación (p. 11). Esta vasta obra, de más de mil páginas, se centra en un “largo” siglo XVI, entre 1570 y 1610, o como el autor prefiere denominarlo, “ese tiempo de España” (p. 21) o de su hegemonía como poder global. Durante el transcurso del trabajo, Ruiz Ibáñez desarrolla el concepto de hegemonía entendido, en un sentido polisémico y amplio, como la “primacía de un poder sobre otros” (p. 21) mediante la exploración de los distintos momentos de esta. El trabajo es un estudio de la práctica política de la Monarquía Hispánica en su momento de ascenso y apogeo, en donde hay, citando al autor, “un deseo de su intervención, añorada o efectiva” (p. 33) por muchas sociedades ubicadas en sus periferias. Aquí no se trata de analizar la dominación territorial, sino de hilar más fino y entender las diversas formas de intervención que se encontraban sostenidas en la activación violenta de dinámicas de adhesión coyuntural que forjaron un espacio político consolidado, firme y duradero a nivel global (p. 37). Volviendo a citar al autor: “la hegemonía hispánica se presenta como un nudo temporal en el que múltiples momentos de excepcionalidad, de múltiples tiempos, muchos de ellos interconectados, coincidieron y a veces convergieron, posibilitando que se pudiera concebir una nueva forma de hegemonía hispánica y la expansión de los dominios del Rey católico” (p. 50). Esas intervenciones fueron pedidos de ayuda recurrentes que llegaban a la corte del Rey, tanto de católicos en Inglaterra, como de poblaciones indígenas en las Indias, o algún lejano monarca en Asia, quienes, en situaciones de riesgo, veían en la Monarquía Hispánica un aliado circunstancial o permanente para resolver sus problemas.

El volumen primero, luego de una introducción que ubica personas y tiempos, abre con un análisis de sus

dominios europeos y extraeuropeos, seguido de otro de los conflictos en sus periferias y su forma de operar en relación con esos eventos. Así desembocamos en el momento cúspide, entre 1580 y 1588, de esa hegemonía global, y los medios, formas y resultados de las numerosas intervenciones, muchas veces requeridas, de la Monarquía Hispánica en conflictos, desde Filipinas a Flandes, pasando por Perú y México. De esta manera, el primer tomo se divide en cuatro capítulos: “El reflejo, la sombra, el eco”; “Tiempos de rebeliones, no solo católicas”; “El momento de la hegemonía”; y “Los medios, las dinámicas y las consecuencias de intervención”. Esos fueron, según el autor, distintos momentos del proceso de hegemonía de la Monarquía. El segundo volumen nos presenta la percepción de los dominios del Rey católico como lugares de refugio y el potencial que tal dominio tuvo para proteger y asistir a aquellos que simpatizando o aliándose, temporaria o permanentemente, con el monarca, requerían de su servicio. Finalmente, el autor esboza un análisis de la figura central de esa entidad política: el Rey.

En el desarrollo de este libro abundan ejemplos tanto europeos como extraeuropeos de esa relación entre la Monarquía Hispánica y diversas sociedades, de Túnez a Birmania y del sur de Chile a Inglaterra. Se menciona el rol de la diplomacia y de los *passeurs*, concedores de idiomas, costumbres y medios, que aseguraron muchas veces acuerdos y tratados, para permitir esa protección del Rey católico. Un lugar especial en tal análisis es el de las fronteras, espacios que en las Indias fueron utilizados por excelencia para cautiverios y movilidad. La importancia de las órdenes religiosas en esos procesos también es mencionada. La contracara de la Hispanofilia era, por supuesto, la “Hispanofobia” sostenida por la “leyenda negra” que esta obra asimismo estudia. Ruiz Ibáñez nos recuerda que, entre 1575 y 1600, hubo “una profunda

evolución en el sentido de la posición y la pretendida hegemonía imperial de la Monarquía. La inestabilidad de sus grandes vecinos no solo los había fracturado, sino que ofrecía la posibilidad de incorporarlos directa o indirectamente al proyecto imperial español. Una vez fracasado este proyecto era la Monarquía la que había sido debilitada” (p. 455).

Este es un libro importante para entender las dinámicas de conquista en el espacio americano y las alianzas que facilitaron esos procesos, en donde los castellanos, y europeos en general, eran muchas veces auxiliares en conflictos entre indígenas. Es imposible entender esas dinámicas sin primero estudiar profundamente la forma de relacionarse de la Monarquía Hispánica con aquellas sociedades en sus periferias o que, más alejadas, tenían consciencia de su lugar en esa primera globalización. Quedan muchas preguntas en el tintero. El uso del concepto de “hegemonía”, si bien amplio y polisémico, señala una preponderancia. ¿Cuán poderosa y dominante era una Monarquía que constantemente debía negociar su presencia y se administraba mediante un gobierno principalmente colaborativo? ¿Deberíamos entonces visitar nuestras propias ideas de lo que hegemonía representa para un poder político en ese momento? ¿Se podía ser hegemónico a la vez que buscar asegurar dominios mediante una urdimbre de agentes, patronazgos, y aliados —única forma, por otra parte— ante la falta de un ejército permanente para conservarse y expandirse? Quizás aquellos que pedían ayuda eran conscientes de tal funcionamiento y lo hacían sabiendo que había lugar para esas negociaciones, para una inclusión, en cuyo caso el concepto “hegemonía” —muy contemporáneo a la dinámica política de los Estados actuales— le haya quedado, en nuestra opinión, grande a una Monarquía participativa en el periodo de este estudio. Quizás lo que Ruiz Ibáñez nos induce a pensar es que la fortaleza de la Monarquía Hispánica en el siglo XVI era su capacidad de aunar voluntades, su flexibilidad y —en algunos momentos— la propia consciencia de sus limitaciones.

El trabajo de Ruiz Ibáñez es profundo. Aunque muchos ejemplos son del “viejo continente”, el autor se esfuerza por recuperar estudios de caso indios. Es probable que una mayor presencia de las Indias en el trabajo hubiese servido para explorar otras realidades. Sin embargo, es posible que esto tenga un significado. Hay un esfuerzo de conectar a las Indias con el resto de la Monarquía y de leer su derrotero del siglo XVI en un conjunto como parte de una unidad política global. La singularidad de esa geografía pasa a un segundo plano quedando como campo para estudios posteriores. Los personajes de esta historia se mueven —en palabra, pensamiento o físicamente— en un espacio macro que los conecta entre sí: el de los Mundos Ibéricos. Este es sin lugar a duda un aporte trascendente para analizar el periodo, permitiéndonos despegar de las historias teleológicas escritas en el siglo XIX y parte del siglo XX. La Hispanofilia no es la antesala de las naciones independientes de la América decimonónica que se encargaron de “borrar” esas conexiones, desaparecer esos rastros, recuperándolos brevemente entre fines del siglo XIX e inicios del siglo XX mediante el Hispanismo, en otro contexto y con otra lectura, la de la Modernidad. En este sentido, el libro es coherente con los trabajos desarrollados por Ruiz Ibáñez en conjunto con otros historiadores.¹

La obra, que ya ha logrado una reimpresión, tiene índices onomástico, toponímico, de mapas, tablas y gráficos, y general. Tiene asimismo una bibliografía vastísima que se hace eco del saber de su autor y cuenta con una edición impecable del Fondo de Cultura Económica.

1 Pardo Molero, J. F. y Ruiz Ibáñez, J. J. (2020), *Los mundos ibéricos como horizonte metodológico*. Madrid: Tirant Humanidades; Mazín Gómez, O. y Ruiz Ibáñez, J. J. (2021), *Historia mínima de los mundos ibéricos*. México: El Colegio de México.

La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y comuneros en la historia oculta del Atlántico

Linebaugh, Peter y Rediker, Marcus (2024).
Buenos Aires: Tinta Limón, 520 páginas.



María Macarena Ferreiro

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Grupo de Estudios Afrolatinoamericanos, Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA-CONICET, Argentina.¹

Según la mitología griega, Hércules debía realizar doce trabajos imposibles para poder alcanzar la inmortalidad. Uno de ellos consistía en matar a la hidra de Lerna, un monstruo similar a una serpiente de múltiples cabezas que, al cercenarle una, podía engendrar otras dos o tres en su lugar. En Europa y sus colonias en América, durante los siglos XVII y XVIII, los gobernantes de la época utilizaron la victoria de Hércules como metáfora para dar pelea a todo quien pusiera en peligro la construcción de una nueva economía que derivaría en el capitalismo moderno. De esta manera, personificaron a la hidra en un vasto y heterogéneo sector: piratas, siervos por contrato, africanos esclavizados, trabajadores urbanos, comuneros desposeídos, soldados, marineros y religiosos radicales que lucharon contra la implantación de un modelo de producción basado en el terror, la muerte y el disciplinamiento de los cuerpos.

El libro de Linebaugh y Rediker se centra, justamente, en las experiencias atlánticas de lucha de todos estos sujetos ignorados, muchos de los cuales compartían y proponían ideas muy radicales para el espacio y el tiempo en el que vivieron, recuperando sus voces y disputas. El análisis de los autores sigue la tendencia *Atlantic History* o *World History*, surgida en Estados Unidos durante la segunda posguerra y basada en la noción de que América, África y Europa han conformado un sistema regional mediante el cual pueden estudiarse los diversos intercambios y conexiones que se dieron a ambos lados del Océano, desafiando las fronteras nacionales y las temporalidades cortas, y dando lugar a un enfoque que permita dar cuenta de una dimensión global de la formación del capitalismo y de las distintas experiencias de rebelión. Siguiendo esta línea, proponen estudiar el

¹ Con el apoyo del proyecto FLOCyT F22-003.

período de la gran expansión atlántica de Europa en su búsqueda por nuevas rutas de comercialización y nuevos lugares para conquistar, y su relación con África y América como espacios dominados pero en lucha, construyendo una interpretación “desde abajo” en donde los protagonistas son aquellos sujetos dejados de lado por la historia de los grandes hombres.²

Para dar luz a estas conexiones atlánticas, *La hidra de la revolución* recorre, a través de nueve capítulos, luchas interconectadas durante los siglos XVII y XVIII que sucedían en simultáneo en América, África y Europa, y en cuatro escenarios distintos—la cámara de los Comunes en Inglaterra, las plantaciones en América y el Caribe, los barcos que transportaban personas esclavizadas y las fábricas americanas e inglesas—. En estos espacios se reconstruyen grandes revueltas como la rebelión de Nápoles liderada por Masaniello (1647), el incendio del Fort George provocado por un revolucionario en Nueva York (1741), la revuelta de Tacky contra la esclavitud en Jamaica (1760) o la insurrección en Barbados (1649) contra una violenta disciplina laboral en las plantaciones coloniales, historias donde las figuras principales son categorizadas por la élite como la “hidra”.

Si bien pueden hacerse diversas lecturas del libro, encuentro tres ejes mencionados por los autores que considero esenciales para ir recorriendo el relato que parte desde lo particular e invita a lo general: la expropiación y colonización de las tierras comunales en África, América y Europa, la violencia ejercida por el grupo dominante transcontinental europeo y americano para

² Jiménez, Michael y Rediker, Marcus (2001). *What is Atlantic History?* Disponible en línea: <https://www.marcusrediker.com/articles-and-opinions/what-is-atlantic-history/>

disciplinar a esa gran multitud y, por último, las luchas e insurrecciones como respuesta a toda la opresión. Para narrar estos sucesos, los autores utilizarán una impresionante y diversa cantidad de fuentes logrando que la narración, los documentos y los hechos históricos dialoguen entre sí, debatiendo constantemente.

De esta forma, los ejes funcionan para unir distintas experiencias que fueron conformando la base del desarrollo capitalista, pero también diversas experiencias de resistencia que, gracias a su puesta en relación, se comienzan a ver como globales. En primer lugar, se expropiaron las tierras europeas y americanas pertenecientes a campesinos mediante la destrucción, el cercamiento o la colonización como puede verse en los capítulos 1 y 2 con el naufragio del *Sea-Venture* (1609) o el rol fundamental que cumplen los leñadores y las aguadoras en Inglaterra rompiendo los espacios comunales a través de la tala de los bosques, el drenaje de los pantanos, la construcción de puertos para el comercio de larga distancia y la colocación de vallas para crear propiedades privadas (principios del siglo XVII). También cumple un rol central la conquista de nuevos territorios mediante la religión y la violencia, como sucedió en el Caribe a principios del siglo XVII, o bien el “arrendamiento de tierras” como quedó, por ejemplo, establecido en el preámbulo de la Ley de Colonización de Irlanda, en 1652, que los autores trabajan en el capítulo 4.

En segundo lugar, he mencionado que estos procesos no pudieron realizarse sin el uso de la violencia. En este sentido, el libro recorre desde la expropiación de tierras a la que fueron sometidos los campesinos en África, Inglaterra, Irlanda, Barbados y Virginia entre 1600 y 1640 –que puede verse en los primeros cuatro capítulos del libro– hasta el tráfico de los esclavizados africanos por parte de Inglaterra, la migración y el desarraigo que empujó a muchos individuos a convertirse en piratas a partir del siglo XVIII como narra el capítulo 5,

los revolucionarios estadounidenses categorizados por la elite como “cuadrilla variopinta” analizados en el capítulo 7 o los sentenciados a prisión por conspirar ante los múltiples proyectos que los gobernantes transatlánticos tenían en mente, estudiados en los capítulos 6 y 8. De esta forma, se estableció un disciplinamiento de los cuerpos donde el trabajo, el terror y el castigo iban de la mano.

En tercer lugar, y estrechamente relacionado con el eje anterior, se encuentran las resistencias y formas de cooperación de esta multitud de personas y grupos diversos que conformaban un sector desposeído, capaz de unirse para conspirar y rebelarse sin importar sus diferencias étnicas o de género. En un momento clave para el desarrollo del capitalismo, toda búsqueda por un tipo alternativo de vida –un mundo sin esclavitud, sin propiedad privada, sin trabajo– era ferozmente castigado. A pesar de la imposición del terror, los oprimidos se las arreglaban para compartir sus ideas y experiencias en múltiples espacios, pues la posibilidad de crear una sociedad estructurada por fuera del capitalismo siempre rondaba sus mentes.

De este modo, las experiencias atlánticas de resistencia ilustradas en este libro nos permiten recuperar las voces ignoradas de todos estos sujetos que, a pesar de sus dificultades y contradicciones, se las ingeniaron para generar diversas formas de solidaridad colectiva y humanitaria muy radicales para la época en la que vivieron, donde cualquier idea que no siguiera el discurso divulgado por los gobernantes transatlánticos era motivo de persecución y castigo. Es fundamental retomar sus vidas, sus luchas y experiencias para no olvidar que la historia puede ser contada por los grandes hombres, como Hércules, pero también puede ser narrada por esa hidra global, multiétnica y variopinta, cuyas cabezas emergerán con más fuerza cada vez que le quiten una.

Contrabando y redes de negocios: hispanoamérica en el comercio global, 1610-1814

del Valle Pavón, Guillermina (Coord.) (2023)

México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 355 páginas.



Dení Trejo Barajas

Instituto de Investigaciones Históricas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, México.

Este libro es producto del Seminario de Guillermina del Valle en el Instituto de Investigaciones Sociales, Doctor José María Luis Mora, en la Ciudad de México. Una de sus virtudes es que reúne varias investigaciones que refieren a casos de distintas partes de Hispanoamérica, lo que permite contrastar situaciones de diferentes espacios que exponen de manera privilegiada la relación entre contrabando y redes mercantiles. Algunas ponen más atención al contrabando, otras a las redes de comercio, pero todas transitan metodológicamente entre lo microhistórico y la historia global, facilitando un mayor entendimiento a los contextos en los que se desenvuelven experiencias de negocios muy particulares y cómo estos van introduciéndose de alguna forma en entramados y situaciones que rebasan sus propias localidades o regiones.

Una de las cuestiones fundamentales que se plantea tiene que ver con las redes de intereses económicos y políticos generadas en los siglos coloniales, que posibilitaron el comercio de larga distancia por el Pacífico, entre Nueva España, Perú y Manila. También las generadas por el Atlántico, entre España, Veracruz, Cuba y Nueva España; o entre España y el Río de la Plata. En todos los casos, aunque se desenvuelven en distintos periodos entre los siglos XVII y XVIII —e incluso algunos años del XIX— están presentes los intereses de otras potencias queriendo intervenir e introducirse en las diversas posesiones españolas.

En el primer capítulo, de la autoría de Bruno de la Serna, se identifican las redes comerciales que implicaban no solo a los grandes comerciantes de los virreinos de México y Perú sino también a los virreyes, que se involucraban mediante el contrabando en el intercambio de bienes de oriente llegados en la nao de Filipinas a

Acapulco con plata novohispana y peruana. Por la complejidad de estas redes, resultan pertinentes, aunque debatibles, los planteamientos que se hacen sobre cómo entender un término como el de *corrupción* en un contexto como el colonial en el que la estructura de gobierno favorecía la compra-venta de cargos públicos. Esta y otras razones, que resultan interesantes para comprender de manera más compleja lo que sucedía en la época virreinal, son las que utiliza el autor para justificar —desde mi punto de vista, un poco excesivamente— el término *corrupción*.

El capítulo de Marie Christine Duggan, por su parte, indaga sobre las hipótesis que sostienen que el avance de las misiones jesuitas en la península Californiana habría obedecido también a la necesidad de sacar plata de contrabando de las minas del noroeste por puertos alejados situados en el golfo de California y a traficar con la nao de Filipinas para conseguir mercurio chino y otras mercaderías antes de que llegaran a su destino. Las pruebas que aporta Duggan, como las redes tejidas detrás de figuras como Atondo y Antillón o del Fondo Piadoso de las Californias, son de sumo interés para pensar de otras maneras los intereses profundos de una colonización como la misional en la península californiana en el siglo XVIII, cuya motivación, como se sugiere con claridad en este trabajo, no era exclusivamente espiritual.

Por su parte, Guillermina del Valle nos plantea en su capítulo cómo fue posible que, mediante las redes clientelares, los virreyes se comprometieran junto con los comerciantes en el tráfico transpacífico, pese a las restricciones impuestas a este último. Dichas limitaciones resultaban de las quejas de los comerciantes de Cádiz por la llegada de mercancía china que sobrepasaba las

restricciones y que era vendida en Nueva España y en Perú, y de los cuestionamientos de algunos vecinos y autoridades filipinas.

Es interesante —y ayuda a comprender lo que Nasser refería sobre la corrupción— la justificación que daban los actores ligados a los comerciantes mexicanos en Filipinas. Estos pretendían que las prohibiciones fueran desestimadas debido a que el propio monarca había favorecido a los mercaderes en años anteriores. Lo cierto es que, como evidencia del Valle, el mismo virrey, como algunos de los grandes comerciantes, podían tener intereses en el asunto a través de sus empleados en la nave. De esa manera, estos tres textos iniciales del libro nos permiten visualizar las redes de comercio tejidas desde las altas cumbres del poder novohispano, peruano y filipino, en las que, a través de la venta de cargos públicos y militares, los que participaban en esa red de clientelas podían obtener ganancias muy sustanciosas que valían el riesgo de navegar por la peligrosa ruta del Pacífico.

El cuarto capítulo se debe a Francisco Cebreiro Ares, quien trabaja sobre la figura del alcalde mayor de Sayula en la segunda mitad del siglo XVIII, de nombre Benito Blanco, y sus estrategias comerciales en su frustrada carrera. El estudio lo hace a través del expediente que se abre con su muerte y declaraciones de personas cercanas, así como de la correspondencia del alcalde, de manera que el autor logra rehacer el perfil individual, familiar y comercial del personaje estudiado. Es un análisis microhistórico que revela que Blanco mantiene a lo largo de su vida como alcalde mayor ligas parentales con su patria y con Filipinas a través de una red familiar extensa, pero su fracaso para conseguir un mejor cargo u oficio frente a las pretensiones de su familia en España, lo llevó —al parecer— a decidir su muerte trágica.

El siguiente capítulo es el de Álvaro Alcantar, quien vuelve de manera central al tema del contrabando, pero ahora observado desde el mirador del Atlántico, particularmente en el puerto de Veracruz. Resulta interesante en su relato cómo las declaraciones de un inculpado de robo afirmaban haber participado en un contrabando al servicio del intendente de Veracruz que, como es lógico pensar, terminó mal para el declarante. Mientras tanto, los verdaderos responsables eran exonerados a pesar

de las sospechas, porque finalmente todos, incluyendo al mismo virrey, eran partícipes de los contrabandos en un momento en que gracias al comercio de neutrales se abría una coyuntura para que este comercio irregular existiera. En el capítulo se confirma que todos los que se movían en las altas esferas de los negocios del puerto conocían y participaban del comercio fraudulento y protegían a algunos de sus empleados involucrados. Pero, en otros casos, los más débiles de la cadena clientelar eran acusados y castigados con facilidad.

El panorama abierto con el comercio de neutrales nos permite advertir —con el estudio de Iliana Quintanilla sobre el Consulado de la Habana— que el surgimiento de nuevos consulados generaba un desequilibrio del anterior monopolio comercial ejercido de manera privilegiada por el consulado de México. Veracruz y La Habana tendrán sus consulados hacia el segundo lustro de los años 90 del siglo XVIII, lo que beneficiará particularmente a los principales comerciantes de estos lugares. En el caso de los de la Habana, lograron el apoyo de la Corona para realizar comercio con barcos norteamericanos para la introducción de harinas a través del comercio de neutrales. A partir de estos reacomodos realizados en tiempos de guerra se liberalizaba, paulatinamente, el comercio, pese a la molestia de los que habían sido hasta esos momentos los detentadores del monopolio del comercio de mercancías en la Nueva España, a cuyos intereses se sumaron coyunturalmente los de Veracruz. Es interesante en este texto el seguimiento que se hace de algunos casos de persecución de contrabando minúsculo, que revela la participación de todos los grupos sociales.

Los últimos dos capítulos de este libro están dedicados al comercio interregional en el Río de la Plata, con los casos de dos comerciantes de Buenos Aires con una trayectoria y nivel de negocios distinta. El capítulo de José Sovarzo sobre el comerciante español, Jacinto de Castro, y el negocio que realizaba entre el Río de la Plata y la región de Santiago-reino de Chile resulta enriquecedor para los estudios microhistóricos. La red comercial que logró establecer con éxito este personaje, y que fue extendiendo poco a poco hasta la capital del reino de Chile, le permitió asegurar un intercambio que lo relacionara con los grandes comerciantes de Buenos Aires, por un lado, y con los medianos y pequeños comerciantes de

regiones transcordilleranas de Argentina hasta alcanzar el reino de Chile, por el otro. De esta manera, pudo establecer una red de comercio interregional de larga distancia lo suficientemente sólida como para permanecer estable por muchos años. Los dos circuitos que construyó este comerciante le permitieron intercambiar aguardiente, yerba mate, esclavos y productos de Castilla por metales de Chile y, posiblemente, algunas mercaderías chinas. Sostiene Sovarzo que el éxito de Castro tuvo que ver con la meticulosidad y orden con que llevaba sus negocios, así como en su manera de conseguir y enviar información para conocer distintos asuntos que podían tener efectos nocivos en el transporte de mercancías por regiones distantes. Esto pone al descubierto que la presencia siempre latente de la guerra que rodeaba a las colonias no siempre tuvo efectos negativos en las actividades comerciales y permite al autor situar la vida comercial de un individuo en el entramado de conflictos interimperiales, las nuevas rutas abiertas y sus limitaciones. No obstante, se puede advertir que Castro, como Benito Blanco, el alcalde de Sayula, al final de sus días, y tal vez por la falta de un entramado familiar que garantizara el futuro de sus negocios, vivieron endeudados y en pobreza.

El último artículo de este libro, de Viviana L. Grieco, estudia el caso del comerciante español asentado también en el puerto de Buenos Aires, Sebastián de Torre. Un comerciante de mayores vuelos que Castro, pero que tampoco era de los grandes comerciantes bonaerenses, como sí lo era su suegro. Lo interesante de este estudio es que expone con claridad cómo este personaje sortea las crisis de la metrópoli ante la guerra, los bloqueos y, luego, la guerra de Independencia sin las afectaciones

que sí tuvieron algunos comerciantes mayores. Un elemento que refuerza el planteamiento del capítulo anterior es la importancia del comercio de las mercaderías interregionales, como la yerba mate, las telas bastas, la lana de vicuña y chinchilla, la cascarilla, el vino de Mendoza y, por supuesto, los metales que podían fluir desde el Alto Perú y Chile hacia el puerto bonaerense, e incluso también podían ser demandados por el comercio extranjero. Otro elemento en el que coinciden ambos trabajos es el de la selectividad con la que estos negociantes decidieron a sus contrapartes en las regiones lejanas y el rango de los negocios y créditos que establecieron con ellos. Este cuidado y orden en sus libros, dice la autora, es lo que garantizó su continuidad y el tránsito entre el mercantilismo y el comercio libre (cuestión que me parece discutible por los factores internos y externos, así como individuales y colectivos, que estarían en juego en ese proceso).

Para concluir diré que es un libro que vale la pena leer, sobre todo a los interesados en las intrincadas redes de comercio en las diversas regiones de Hispanoamérica —y sus conexiones con las del Atlántico o el Pacífico— y en el papel que tuvieron los pequeños comerciantes para sostener el comercio interregional, tanto interno como para el del intercambio con Asia o Europa. El otro elemento atractivo para reflexionar a partir de estas aportaciones es entender en su complejidad el problema del contrabando dentro de las estructuras de poder económico y político establecidas por la propia Corona y en las cuales estaban involucrados desde las élites políticas hasta los pobladores más insignificantes.

El último jesuita de la Provincia del Paraguay. Análisis de la correspondencia inédita de Diego León de Villafañe (1799-1828)

Perrone, Nicolás (2023).
Buenos Aires: SB, 321 páginas.



María Elena Barral

Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, UBA-CONICET, Argentina.

El último jesuita de la Provincia del Paraguay reúne un corpus documental, del cual buena parte sirvió de base a la tesis doctoral de Nicolás Perrone defendida en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA en los últimos días del año 2020. Esta tesis, dirigida por Guillermo Wilde y codirigida por Ignacio Telesca, como puede deducirse de su título —*Redes familiares, políticas y religiosas filo-jesuíticas en el Río de la Plata después de la Expulsión: Córdoba, Tucumán, Buenos Aires (1767-1836)*— compone un problema más amplio que el libro que reseñamos, tanto por los temas que considera como por el arco temporal que abarca.

Evidentemente, al estudiar las redes filo-jesuíticas en Córdoba del Tucumán luego de la expulsión de los ignacianos, resalta la figura de Diego León de Villafañe quien volvía al Río de la Plata de 1799, convirtiéndose en el último jesuita de la provincia del Paraguay y en el primero en regresar cuando la orden religiosa ya había dejado de existir. La llegada del ex jesuita coincide, azorosamente, con la muerte de María Antonia de Paz y Figueroa¹ acontecida ese mismo año, circunstancia que conecta a dos figuras cuyas vidas estuvieron atravesadas por el propósito de mantener vigente el espíritu ignaciano y algunas de sus prácticas.

Perrone estudia a lo largo de su tesis distintos tipos de circulación en las redes filo-jesuíticas: de obras artístico-religiosas, de favores o de obras académico-literarias. Se detiene, en especial, en el movimiento de textos escritos por los expulsos, como la *Carta Crítica* de

Francisco Javier Iturri, la *Carta a los Españoles Americanos* de Juan Pablo Viscardo o las numerosas ediciones de *La Venida del Mesías* de Manuel Lacunza. De este modo, su investigación doctoral reconstruye las estrategias de retorno de jesuitas expulsos, la articulación de sus contactos personales y políticos locales, la participación de la elite cordobesa en estas redes y sus intervenciones en conflictos del Río de la Plata. Desde el recorte de la figura de Villafañe, Nicolás Perrone estudia su percepción acerca del clero tucumano y de las nuevas ideas político-religiosas, sus proyectos misionales, sus críticas a las autoridades revolucionarias, su posición frente al problema del patronato y su visión de las autoridades diocesanas, entre otros importantes temas.

En la introducción del libro que reseñamos, Perrone recobra algunos de estos hilos, los cuales le permiten dimensionar la figura de Diego León de Villafañe. Recupera la dinámica de la vida de los expulsos en el exilio y las formas que les permitieron subsistir como educadores las familias nobles o —unos pocos— desarrollando carreras académico-literarias que reforzaban sus escuálidas pensiones. Sitúa la figura de Diego León de Villafañe, su biografía y su ininterrumpida actividad epistolar que continúa luego de su retorno a tierra americana y a su Tucumán natal. No es casual que sea Ambrosio Funes, una personalidad central del bando pro jesuita en Córdoba, uno de los destinatarios privilegiados de sus cartas.

El prólogo realizado por Guillermo Wilde, director de la tesis y de la colección *Paradigma Indicial* de la editorial SB, inscribe esta contribución en una perspectiva global al considerar a la expulsión de la Compañía de Jesús como la primera operación coordinada en esta escala “que conecta a la administración ibérica en Europa,

1 “Mama Antula” como se la conocía fue canonizada el 11 de febrero de 2024 por el Papa Francisco, puede verse el libro de Alicia Fraschina (2023). *La expulsión no fue ausencia. Mama Antula, beata de la Compañía de Jesús, primera santa argentina*. Rosario: Prohistoria.

las Américas y el Pacífico”.² Al mismo tiempo, interpreta “la escritura compulsiva” de los jesuitas en el exilio, de la cual es parte esta correspondencia de Villafañe, como una de las maneras de existir y de dar entidad a un imaginario que corporiza una presencia “fantasmagórica”.

Este libro pone a disposición del público especializado y/o interesado en estos temas un conjunto documental trabajosamente conformado, en su mayor parte desconocido, a partir de un arduo trabajo detectivesco y de persuasión y seducción para acceder a la mayor parte de los archivos. Esta recopilación pone en evidencia la importancia del tipo de fuentes que se encuentra alojada en los archivos eclesiásticos –de las Curias arzobispa- les, diocesanas o de las órdenes religiosas– para conocer el pasado así como la necesidad de poder consultarlas sin restricciones. Demuestra asimismo la necesidad de ponerlas en diálogo con otras fuentes provenientes de otros repositorios, en este caso de un archivo público como el AGN de Argentina.

Aquí el corpus se compone de 148 cartas, la mayoría de ellas escritas por el ex jesuita entre 1799 y 1828 y dirigidas a Ambrosio Funes, provenientes del Archivo de la Provincia Argentino-Uruguayo de la Compañía de Jesús y localizadas en el Colegio de El Salvador de Buenos Aires al que Nicolás Perrone accedió en los inicios de su investigación. En esta tarea Perrone dialoga, de algún modo, con Guillermo Furlong, una suerte de antecesor en la edición de este tipo de fuentes, dado que éste ya había publicado la correspondencia entre 1809 y 1824, aunque quedaba una proporción importante de cartas inéditas.³

Una de las principales fortalezas del libro es el trabajo de enriquecimiento de esta correspondencia que se concreta en 450 notas a pie donde se pueden encontrar desde una serie de microbiografías de los expulsos, de miembros de las elites porteña, tucumana y cordobesa, hasta referencias a las autoridades eclesiásticas y civiles o autoridades de los territorios y parcialidades indígenas.

A ello se suma un trabajo de ampliación y corrección de citas bíblicas, de descripciones de devociones, de obras clásicas y de Teología Moral, así como elementos de contextualización. Allí destacan la caracterización de los distintos momentos de la historia de la Compañía de Jesús, de la Santa Sede, de las coronas europeas, de la cristiandad occidental y, a nivel local, de las jurisdicciones eclesiásticas rioplatenses y de la administración de la universidad de Córdoba.

Estas fuentes permitirán, al mismo tiempo, abordar nuevos problemas como los asociados a la vida diocesana en Córdoba, Salta, Buenos Aires, sus obispos, sus Cabildos eclesiásticos, las características del clero secular y regular, los estudios universitarios y la pervivencia del modelo jesuítico en distintos contextos misionales, entre muchos otros. Pero también, pueden aportar nuevos puntos de observación sobre temas clásicos como las invasiones inglesas, la expansión napoleónica y su impacto en el mundo americano, la Revolución de Mayo, la guerra revolucionaria y la independencia.

Este libro, la publicación de estas fuentes y su enriquecimiento permite articular el campo de estudios sobre los jesuitas y otros agentes, espacios e instituciones del mundo católico. A través de su tesis, del corpus que le sirvió de base y de este libro, Nicolás Perrone ha acercado mundos y ha tendido puentes que, a menudo, no dialogan lo suficiente entre sí. Esta tarea resulta central y más aún en el estado actual del conocimiento sobre estos temas (de los cuales, sin embargo, nos falta todavía mucho por conocer) y de la profesionalización del campo de estudios sobre los hechos religiosos. Dicho de otro modo, profundizar este tipo de intersecciones (entre la historia misional, de las fronteras o del catolicismo, por ejemplo) puede favorecer la emergencia de novedosos problemas de investigación y robustecer nuestra agenda historiográfica.

2 Wilde, Guillermo (2023). *Escribiendo el retorno (en tiempo real)*, p. 9.

3 Furlong, Guillermo (1960). Diego León Villafañe y sus cartas referentes a la revolución argentina. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Nro. XXXI, pp. 87-212.

Leyenda negra. Las múltiples vidas de Raúl Grigera o el poder de los relatos raciales en Argentina

Alberto, Paulina L. (2024).

Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Prometeo, 463 páginas.



María de Lourdes Ghidoli

Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras. Grupo de Estudios Afrolatinoamericanos (GEALA), Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Argentina.

Desde fines del siglo XX hasta la actualidad, el movimiento afrodescendiente en Argentina ha encabezado las luchas contemporáneas antirracistas organizándose y llevando adelante peticiones ante el Estado nacional en el marco del actual proceso de revisibilización. Asimismo, en las últimas décadas, las investigaciones desde distintas disciplinas han nutrido el campo de estudios afro local de manera constante y creciente.

Leyenda Negra... se inserta en esta trama de estudios académicos de manera formidable, pues la autora, entre cuyos intereses principales de investigación se encuentran las ideologías de raza y nación en las Américas,¹ no solo busca reconstruir la vida de Raúl Grigera sino que la entrelaza con la historia de los y las afrodescendientes en Argentina hasta el presente. Se propone salir de la fijeza de la repetida historia semi-ficcional sobre Raúl, pensándolo necesariamente como la persona real que fue, con sus alegrías y sus padecimientos, y evidenciar la inextricable relación de esas reiteraciones con relatos sobre la población afroargentina que persisten en la larga duración. Eso requirió búsquedas meticulosas en todo tipo de archivos que, como señala Alberto, van desde la alta cultura hasta la cultura popular. Pero también requirió de una delicada sensibilidad por parte de la autora que tiene en sus manos un caudal inusitado y complejo de fuentes (p. 19) a poner en juego y lograr que hablen lo más objetivamente posible, desmenuzando cada contexto en las que se inscriben. Las lee minuciosamente, deshace la madeja de frases y palabras,

1 Ver su libro anterior Alberto, P. L. (2011). *Terms of Inclusion: Black Intellectuals in Twentieth-Century Brazil*. Chapel Hill: University of North Carolina Press. En portugués, Alberto, P. L. (2017). *Termos de Inclusão: Intelectuais Negros Brasileiros no Século XX*. Campinas: Editora da Unicamp.

regresa de manera insistente sobre algunas de ellas para proponernos otras aristas posibles sobre Raúl Grigera y también sobre la población afroargentina.

El libro abre con una explicación de la terminología, en especial en torno a la palabra “negro/a” pues, como expresa Alberto, “los historiadores (...) trabajamos con vocabularios deficientes, tóxicos e involucrados con el sistema de esclavitud y sus legados de racismo” (p. 14).

Luego de esta nota inicial, el libro se organiza en una introducción, seis capítulos y un epílogo, a cada uno de los cuales le corresponde un rango temporal. Se presenta como una cronología que rebasa los límites de la vida de Raúl. Sin embargo, esta presentación es mucho más que una biografía, pues para esos lapsos de tiempo la autora reconstruye su vida, la de su familia y su comunidad, buscando desenmarañarla del personaje construido por los relatos raciales y, en el mismo movimiento, pone en evidencia las narrativas raciales maestras que confinan a Raúl y también, y aquí está una de las claves principales del libro, a la población afrodescendiente a la invisibilización.

En la introducción Alberto presenta conceptos teóricos, metodologías de investigación, métodos de escritura del libro y su justificación y, fundamentalmente, explica la diferencia entre relato, como una unidad de eventos, y narración, compuesta de múltiples historias relacionadas que, cuando se instalan, se convierten en narrativas maestras: “Las narrativas pueden ser más resilientes, pero son los relatos los que hacen el trabajo cotidiano para apuntalarlas” (p. 23). Y en este poder de los relatos funda Alberto su investigación y su meta. Se propone la escritura de una nueva historia para Raúl Grigera y la

comunidad afrodescendiente en Argentina como una contraestrategia desde el propio género.

El primer capítulo, “Ancestros”, se centra en su familia tan atrás en el tiempo como la documentación lo permite. Permite repasar las huellas de su bisabuelo Antonio Grigera, fundador de una nación africana, de un candombe (¿el legendario Candombe de Grigera?), y el comienzo riguroso de la historia a partir de sus abuelos paternos Cayetana Warnes y Domingo Grigera. Y en este capítulo hace su aparición otra protagonista, ya no humana: la casa familiar de la calle México.² En el segundo, “Comunidad”, sus progenitores y la comunidad son protagonistas. En especial Estanislao, su padre, músico, pianista, asiduo participante en reuniones y asociaciones creadas por afroporteños en las últimas décadas del siglo XIX. Y, por tanto, de frecuente alusión en los periódicos afro del momento. De su madre, Alejandra Ainas, poco se sabe, solo menciones en la prensa respecto de las reuniones festivas que se realizaban en la casa de la calle México.

El tercer capítulo, denominado “Juventud”, nos presenta a Raúl en su confinamiento en el “hogar” de Marcos Paz, luego del fallecimiento de su madre en 1905. Además de ahondar en la forma lamentable en que funcionaba aquel reformatorio, Alberto revela de qué manera juegan en la institución la clasificación racial “negro” asociada a la degeneración. Para esta revelación es clave la presentación pormenorizada que nos hace de las teorías raciales cambiantes a comienzos del siglo XX.

El cuarto capítulo, “Fama”, da cuenta de los primeros relatos sobre Raúl que le otorgaron su fama vertiginosa. Son muy distintos de los posteriores y presentan un personaje alejado de lo bufonesco. Conviven en ellos una “parpadeante fascinación por la negritud en ciertos círculos culturales” (p. 211) y las narrativas maestras en torno a la blanquitud argentina que estaban cuajando a comienzos del siglo XX. En este contexto, Raúl Grigera modela su personaje público, el murciélago, alejado de los estereotipos habituales sobre los afrodescendientes.

² Sobre cómo llegó a ser la casa familiar ver Alberto, P. L. (2020). *Liberta por oficio: Negociando los términos del trabajo no libre en Buenos Aires en el contexto de la abolición gradual (1820-1830)*. En F. Guzmán y M. Ghidoli (Eds.), *El asedio a la libertad. Abolición y posabolición de la esclavitud en el Cono Sur* (pp. 75-118). Buenos Aires: Biblos.

El quinto capítulo, “Difamación”, pone en evidencia el documento clave que inicia la dislocación entre Raúl persona y Raúl personaje: la historieta “Las aventuras del negro Raúl” de Arturo Lanteri, publicada entre febrero y noviembre de 1916. Raúl deja de tener el control del personaje que había delineado y es convertido en uno muy distinto.

El sexto capítulo se titula “Muertes”. Hace referencia a las muchas veces en que Raúl fue declarado muerto por la prensa para luego ser exhumado y revivido. Hasta su efectiva muerte en 1955 en la colonia Open Door donde había sido confinado en 1942. Nos muestra el declive real en su vida, sus entradas y salidas de dependencias policiales, el habitar en las calles, expuesto perversamente en textos y en imágenes.

En el epílogo la autora se centra en los relatos –casi sin modificación– que se escriben desde sus últimos años de vida hasta el presente. Relatos que exageran, amplifican y hasta inventan algunos aspectos de relatos anteriores y, argumenta Alberto, abrevan en pensar la vida de Raúl desde el final: su reclusión en un hospital psiquiátrico.

Hay algunos puntos que quisiera destacar. En primer lugar, la autora nos propone un mapeo urbano que permite reconfigurar la trama de la ciudad de Buenos Aires en clave afro pues, a pesar de que Raúl es presentado como una excepcional celebridad negra en sus calles, su comunidad habitaba esos mismos espacios de manera visible, por lo menos en las primeras décadas del siglo XX.

Por otro lado, Alberto reconstruye la genealogía de Raúl. Establece conexiones con su historia familiar y comunitaria (por ejemplo, con su abuela Cayetana o con las relaciones del “candombe con piano” y el tango), como un bajo continuo que subyace también a la historia de la afrodescendencia en Argentina. La pertenencia de Raúl a un linaje familiar y, con ello, a una comunidad le permite a Paulina contrarrestar la deshumanización en la que los relatos raciales insisten.

Por último, se destacan el entrelazamiento entre relatos cristalizados sobre Raúl y las narrativas acerca de la población afroargentina. En ambos suele hacerse foco

en ciertos tópicos como la bufonería, el servilismo, la imitación de los blancos, la inminente extinción y lo primitivo/salvaje asociado con frecuencia al candombe. Respecto a este último, al referirse al parteaguas que entraña la historieta “Las aventuras del negro Raúl”, Alberto repone el contexto político en el que surge la figura de Hipólito Yrigoyen, elegido presidente en ese 1916. Y, con ello, la reaparición de temas que parecían superados pero que seguían y siguen latentes en la sociedad argentina y que se activan, casi sin modificación, en contextos específicos. La asociación de Yrigoyen con la negrada (en la que se conjuga la negritud racial y la negritud popular propuestas por Lea Geler³) y los candombes fue un caballito de batalla desde sectores acomodados de la nación. Una asociación que encuentra sus raíces en la época de Rosas y que se retomará con la figura de Juan Domingo Perón.

Leyenda negra... se convierte en un libro imprescindible para comprender las experiencias de racialización de Raúl Grigera y de los y las afrodescendientes en Argentina aun hasta el presente. Es posible que con su edición Raúl reaparezca en la prensa, en las charlas, en el imaginario. Si así fuera, ya no hay excusas, ahora existe la posibilidad de dejar de repetir relatos trillados y dar lugar a la presentación de una persona y también un personaje, el murciélago (creado por el propio protagonista), miembro de un grupo de población largamente omitido de las narrativas maestras de la nación. Como expresa Paulina Alberto en un breve texto escrito en 2020:⁴ “Por eso importan las historias que contamos: son capaces de fraguar resultados colectivos desiguales e injustos, de arruinar reputaciones y circunscribir vidas. Pero también tienen el poder de dilucidar nuevos pasados e imaginar nuevos futuros”.

3 Geler, L. (2016). Categorías raciales en Buenos Aires. Negritud, blanquitud, afrodescendencia y mestizaje en la blanca ciudad capital. *Runa*, 31(1), 71-87.

4 Dossier Día Nacional de las/os afroargentinas/os y de la cultura afro: Múltiples perspectivas sobre una fecha necesaria. *Sitio web Grupo de Estudios Afrolatinoamericanos-Geala*. 2020, p. 6. (Consultado en línea en <https://geala.wordpress.com/2020/11/11/8-de-noviembre-multiples-perspectivas-sobre-una-fecha-necesaria/>, 06/09/2024)

Entre la reacción y la contrarrevolución. Orígenes del anticomunismo en Argentina (1917-1943)

López Cantera, Mercedes F. (2023).
Buenos Aires: Imago Mundi, 332 páginas.



Andrés Bisso

IDIHCS, UNLP-CONICET, Argentina.

El estudio de los movimientos “Anti”, es decir, de aquellos que se han constituido primeramente alrededor de la repulsa a determinada ideología, postura política, sistema de valores o estado de cosas, ha funcionado –no pocas veces– como un observatorio privilegiado para comprender la lógica de una época. En el prólogo a este libro, Daniel Lvovich ya lo advierte al decir que “estudiar al anticomunismo también es un modo de estudiar la historia argentina desde un punto de vista monográfico” (p. XVIII).

En efecto, si al comienzo los acuerdos para formar dichos espacios se ven facilitados por esa oposición seminal (ese “no sé qué quiero, pero sé lo que no quiero” de Andrés Calamaro), luego, la propia dinámica histórica se encarga de plantearle a los integrantes de esas formaciones la necesidad de precisar la anatomía de un cuerpo de argumentos, imágenes y mitos movilizados que tenga la suficiente eficacia para rebatir el de sus contradictores y que posea, a la vez, la mayor amplitud posible para convencer a grupos que, en inicio, no se sentirían del todo hermanados si no fuera por la aversión al enemigo que se construye como espejo invertido de esos consensos.

Entre los movimientos “Anti” que la historiografía argentina ha venido relevando últimamente con cierta dedicación y especificidad (el antifascismo, el antiperonismo, el antiimperialismo, el anticlericalismo, para nombrar solo a cuatro de ellos), el anticomunismo de entreguerras permanecía algo solapado en su particularidad y en sus concretos recorridos de conformación. La estridencia de su posterior operatividad durante la Guerra Fría quizás haya ayudado a ese relativo olvido epocal, a pesar de la importancia que dicha apelación ya había demostrado para ciertas empresas políticas (como la del fresquismo) y de la sonoridad de algunas de sus iniciativas (como la

de la frustrada Ley de Represión al Comunismo motorizada por Matías Sánchez Sorondo).

El libro de López Cantera –gracias a un inquieto y sólido trabajo de rastreo de fuentes periodísticas, legislativas, ministeriales y judiciales provenientes de variados reservorios– revierte ese vacío puntual, al dedicar su atención a los orígenes del anticomunismo en nuestro país desde la recepción –en tonos de alarma– de la Revolución Rusa en 1917 hasta la instauración del segundo gobierno *de facto* en 1943.

En ese seguimiento, anuda la lucha anticomunista a otras dos negatividades conceptuales, la de la reacción (concepto algo difuso, pero operativo para realizar un recorte que evita detenerse en la complejidad de definir las críticas al comunismo “por izquierda”) y la de la contrarrevolución (expresión bastante más definible a partir de los propios actores históricos seguidos, algunos de ellos –como bien detecta Mercedes– “rusos blancos” exiliados e insertos dentro de las estructuras de la inteligencia policial).

Sin embargo, por fuera de estas oposiciones fundacionales, la necesidad de organizar el movimiento a través de canales formales (el más evidente, la Comisión Popular Argentina contra el Comunismo) y de órganos de difusión (como *Crisol*, *Clarínada* o *Bandera Argentina*) iría encontrando a sus diversos referentes abocados –en su deriva de confrontación político-ideológica– a temáticas que muy probablemente no hubieran sospechado tener que discutir originariamente, como la crítica de algunas formas capitalistas circulantes, la defensa de los reclamos de los choferes o la valoración de YPF como empresa nacional de explotación petrolera, pero que se incorporaron al debate que el propio anticomunismo fue propiciando en su devenir.

Así, luego de remarcar la necesidad de “tomarse en serio” el anticomunismo, es decir de analizarlo como una estrategia política coherentemente operativizada, y no como un mero extravío de la razón por parte de sus cultores, López Cantera procura establecer una cronología coherente y paulatina de construcción de dicha apelación en nuestro país, desde sus orígenes anti-maximalistas (en ocasiones difícilmente escindibles de la “amenaza anarquista”) hasta la posterior construcción –particularmente perceptible desde 1932– y desarrollo de un sólido y distinguible núcleo de identificación del comunismo local como “principal enemigo” de la propiedad privada y de las instituciones –y finalmente, de la nacionalidad– en tanto “agente de Moscú”.

De esta manera, el libro logra justificar una división del fenómeno en etapas (1917-1930, 1930-1935 y 1937-1943) advirtiendo tanto la faz de la represión estatal como la de la construcción del consenso social, con activa participación de “nacionalistas” y “católicos”. Dos instancias que, aunque diversificadas analíticamente, se encuentran –como era esperable– enlazadas por numerosos puntos de contacto.

En ese trajín, López Cantera muestra la puesta en marcha del anticomunismo a través de organismos policiales específicos, como la Sección Especial de Represión contra el Comunismo, que desprendida de la Sección de Orden Social iría configurando un marcado perfil a lo largo de la etapa de dominio concordancista. Uno de los más interesantes hallazgos de la autora, en ese sentido, es el de adscribir a la administración de Justo –más que a la de Uriburu– la paternidad en el armado de la institucionalidad anticomunista del Estado argentino.

Por otro lado, cabe resaltar que en las segmentaciones temporales enunciadas por López Cantera parecería “faltar” un año. Eso se debe a que se incluye un momento autónomo de disrupción en el año 1936, convincentemente explicado como de quiebre e inflexión en la lucha anticomunista. En efecto, durante ese año se produciría una notable cantidad de iniciativas ejecutivas y legislativas, nacionales y provinciales, que –al calor de la recepción de la Guerra Civil Española– provocaría un alud de anatemas sobre la posición de los comunistas en nuestro país.

Con todo, esa misma avanzada, tal como se recupera en el libro, gatillaría –en respuesta– la aparición de otras solidaridades con los reprimidos, antes menos manifiestas, que invocarían la oposición a las leyes anticomunistas como una expresión de la defensa de la democracia y las libertades públicas, por parte incluso de dirigentes –como los socialistas– que venían cuestionando, desde hacía décadas, las prácticas del PC, pero que no dejaban de observar que la laxa ubicuidad represiva los podía alcanzar tanto a ellos como a otras iniciativas “progresistas” cercanas.

A partir de esa última conjunción de tenor frente-populista, surgiría cierta posición –incómoda y tentadora a la vez– para los comunistas, quienes para precaverse y defenderse de los ataques de la institucionalidad “burguesa” (incluyendo los del aparato judicial), debieron usar –algo paradójicamente– los argumentos de la defensa del orden jurídico y de las libertades constitucionales propios de dicha institucionalidad.

Bajo ese paradigma, el discurso de reunificación antifascista posterior a 1941 haría recrudescer este dilema. Como muy perspicazmente detecta López Cantera, la necesidad perentoria de cuidarse de sus enemigos más acérrimos y de la directa represión estatal, condujo a los comunistas a desatarse de sus postulados estrictos de destrucción del régimen burgués y a cuidarse de desmentir la palabra de aquellos aliados estratégicos o circunstanciales que, al asimilarlos a los parámetros de la democracia establecida, también licuaban así su potencialidad revolucionaria. La autora lo resume así: “Independientemente de las razones internas a la dirigencia del partido para sostener públicamente esta posición, en términos políticos era asumir que el Estado podía criminalizar a aquellos actos que apuntaran a subvertir el orden” (p. 272).

De esta manera, gracias a un detallado trabajo de reconstrucción histórica, finalmente, podemos entender no solamente cómo los discursos anticomunistas construyeron sentidos propios, sino también la manera en que afectaron –en juego con la rampante imposición represiva– las propias estrategias de posicionamiento de los comunistas.

Deseo de combate y muerte. El terrorismo de estado como cosa de hombres

Garaño, Santiago (2023).

Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 440 páginas.



María Noel Álvarez

EIDAES. Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

En la historia reciente, la cuestión de las condiciones de posibilidad del terrorismo de Estado en Argentina es aún una de las preguntas centrales: ¿Cómo pudo suceder la desaparición de personas? ¿Cómo fue posible el funcionamiento de centros de detención clandestinos donde se practicaba la tortura? En *Deseo de combate y muerte*, Santiago Garaño aporta claves explicativas originales a la formulación de respuestas a estos interrogantes. El libro se centra en el Operativo Independencia, la campaña militar desarrollada en Tucumán desde febrero de 1975, y pone el acento en las condiciones emocionales y afectivas para el ejercicio de prácticas represivas por parte de miembros de las fuerzas de seguridad.

Santiago Garaño es doctor en antropología por la Universidad de Buenos Aires, profesor de la Universidad Nacional de Lanús y de la Escuela de Política y Gobierno de la Universidad de San Martín. Ha contribuido en numerosas investigaciones en el campo de los estudios sobre represión y violencia política en la historia reciente. En esta obra, Garaño se propone explorar el mundo de los perpetradores para comprender cómo se fue creando entre los miembros de las fuerzas de seguridad un clima propicio para la participación en la represión ilegal. Para avanzar en este camino, el libro reconoce como antecedente y dialoga con aquella vasta historiografía que ha demostrado la existencia de un plan sistemático de terrorismo de Estado, destacando en sus explicaciones, por un lado, la formación ideológica de los miembros de las Fuerzas Armadas y, por el otro, enfatizando en la dimensión burocrático-administrativa de la represión clandestina. En este trabajo, Garaño propone pensar que “hubo algo más”. En este sentido, el autor se inscribe en el giro afectivo para argumentar que las emociones fueron potentes fuerzas políticas sin las cuales no se puede explicar que se hayan cometido delitos tan terribles. Asimismo, aporta al campo

de estudios que cruzan represión y género, y lo hace con un enfoque original al estudiar la cuestión de las masculinidades en la configuración del sujeto militar. La represión, en este sentido, fue también construida como “cosa de hombres”, conectando valores militares con los de la hombría y el coraje.

El libro está organizado en tres partes, que conducen a una lectura inmersiva en el pasado del escenario bélico construido en el monte tucumano, y en las experiencias de los soldados y oficiales movilizados para llevar adelante lo que fue este caso paradigmático de violencia estatal, en la antesala de la última dictadura. En la primera parte del libro, “Afectos, emociones y sentimientos”, Garaño desarrolla el argumento de que alrededor de las experiencias del Operativo Independencia se construyó una trama de emociones y sentimientos —odio, miedo, deseo de venganza, voluntad de matar y morir— que fueron condición de posibilidad para el ejercicio de la represión clandestina. El autor sostiene que para los soldados y oficiales movilizados, el Operativo Independencia fue una experiencia altamente afectiva: perpetraron crímenes y fueron afectados por el ejercicio de esa violencia, generando en ellos un compromiso emocional y personal con la lucha contra la subversión. A partir de entrevistas realizadas a ex soldados conscriptos que participaron de esta campaña militar, el libro indaga en la dimensión corporal de esas emociones vividas, “el poder de afectar y ser afectado a nivel corporal por el ejercicio de la violencia desde el Estado”.

En la segunda parte, titulada “Mostrar y ocultar”, el autor caracteriza el Operativo Independencia como un ensayo de las técnicas contrainsurgentes y una puesta en escena de un ambiente bélico que, a la vez que mostraba a miles de soldados movilizados y un gran despliegue de armamentos, ocultaba las prácticas clandestinas.

Además, pone de relieve la dimensión productiva de este poder soberano configurado por las fuerzas armadas en el sur tucumano: la producción de una “cultura del terror” que buscó disciplinar a la sociedad de una región disputada por la guerrilla y por el activismo sindical y político.

La tercera parte, titulada “Entre fuleros, héroes y traidores”, el libro da cuenta de cómo se construyó una cultura del terror en el sur de Tucumán durante el Operativo Independencia, y el funcionamiento de los rumores entre oficiales y conscriptos, produciendo efectos de verdad y orientando sus acciones hacia la represión. Finalmente, en el epílogo, el autor relata su experiencia como testigo de contexto en un juicio de lesa humanidad y reflexiona sobre el rol de las ciencias sociales en los procesos de memoria, verdad y justicia.

En cuanto a lo metodológico, esta investigación se sostiene con un amplio trabajo etnográfico realizado por el autor entre 2009 y 2019, especialmente a través de entrevistas a ex soldados conscriptos que participaron del Operativo Independencia. Además, al haber sido un operativo militar que, como nos explica el libro, tuvo una faceta perceptible, Garaño logró recopilar fuentes escritas que de forma explícita justifican y narran algunos de sus episodios. Se trata de memorias de oficiales, “diarios de campaña” y otros documentos militares que, a diferencia de la documentación de la dictadura, no fueron destruidos u ocultados. Finalmente, para reconstruir cómo funcionaron las estrategias de acción psicológica, el autor se apoya en revistas del ejército dirigidas a los soldados conscriptos y analiza las coberturas del Operativo Independencia por parte de la prensa local y nacional.

El abordaje de Santiago Garaño en este libro se vuelve un insumo clave para los debates del presente. Resulta sugerente el caso elegido por el autor para dar inicio al libro: los asesinatos del capitán Humberto Viola y su hija de 3 años el 1° de diciembre de 1974 en Tucumán, en un atentado realizado por el ERP. Como explica Garaño, la dramaticidad de estos acontecimientos está conectada con el inicio del Operativo Independencia en esa provincia en febrero de 1975, y las muertes de Viola y su hija se convirtieron en emblemáticas para las estrategias de acción psicológica de las Fuerzas Armadas. Este caso ha sido recientemente retomado en un video oficial difundido en ocasión del 24 de marzo de 2024, reactualizando narrativas que justifican el accionar de la última dictadura. Las nuevas contiendas políticas en las que se dan estos debates hacen aún más relevante la publicación de investigaciones como las que presenta *Deseo de combate y muerte* y jerarquizan el rol de las ciencias sociales. Por otro lado, la decisión de Garaño de construir como objeto de estudio las emociones de los perpetradores resulta en un aporte novedoso para acercarse a episodios de nuestra historia reciente, que hasta ahora ha estado más enfocada en la subjetividad de las víctimas de la violencia estatal y, en el caso de los perpetradores, en sus motivaciones ideológicas. *Deseo de combate y muerte* es una prueba de lo productivo que resulta adentrarse en estos enfoques que, lejos de justificarlos, permiten desentrañar las lógicas desde las que actuaron los sujetos de la historia. Sin dudas, este trabajo abre el paso para nuevas investigaciones que desde el cruce de la historia de las emociones, los estudios de género y la pregunta por las dimensiones productivas del poder, continuarán aportando a un conocimiento más abarcativo y una construcción más profunda de los relatos sobre nuestro pasado.